

UN  
JARDÍN  
EN  
BADALPUR



KENIZÉ  
MOURAD



  
ESPASA

## Annotation

Zahr creció en Occidente entre familias adoptivas que sólo le contaban medias verdades acerca de sus orígenes. Su madre, una princesa turca esposa del rajá indio de Badalpur, murió sin haberle podido revelar su identidad, algo que Zahr creyó recuperar cuando a los veintiún años logró reunirse con su padre en la India. Sin embargo, en ese país regido por tradiciones ancestrales Zahr conoció el sinsabor del desengaño y la necesidad de defender su dignidad luchando por un pequeño jardín en Badalpur; la herencia amenazada de un padre que la quiso demasiado.

---

- [☰](#)
- [☰](#)
- [PRÓLOGO](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)
- [☰](#)

- [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [í](#)
  - [EPÍLOGO](#)
  - [í](#)
  - [GLOSARIO](#)
  - [notes](#)
    - 
    - 
    - 
    - 
    - 
    - 
    - 
    - 
    -
-



Título de la edición original: *Le jardin de Badalpour*

Traducción del francés: Esther Benítez.

Diseño: Emil Tröger

Ilustración: Javier Bartomeus

Círculo de Lectores, S.A. (Sociedad Unipersonal)

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

[www.circulolectores.com](http://www.circulolectores.com)

3 5 7 9 9 9 0 2 8 6 4 2

Licencia editorial para Círculo de Lectores

por cortesía de Taller de Mario Muchnik.

Está prohibida la venta de este libro a personas que no pertenezcan a Círculo de Lectores.

© Librairie Arthème Fayard, 1998

© de la traducción: Esther Benítez

© Taller de Mario Muchnik, 1998

Depósito legal: B. 393-1999

Fotocomposición: gama, s.l., Barcelona

Impresión y encuademación: Primer industria gráfica,

s.a.

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç deis Horts  
Barcelona, 1999. Impreso en España

ISBN 84-226-7550-1

N.º 33720



En el principio fuiste mineral,  
después te volviste planta;  
luego te convertiste en animal:  
¿cómo ibas a ignorarlo?  
Después te volviste hombre.  
Cuando hayas trascendido la condición  
de hombre te convertirás, sin la menor duda,  
en ángel.  
Supera incluso la condición angélica:  
penetra en el Océano,  
para que de gota de agua puedas transmutarte  
en mar...

YALAL UD-DIN RUMI

*Nota de la traductora:* para el significado de las palabras o expresiones en urdu o hindi, véase el glosario que aparece al final del libro.

## PRÓLOGO

Una sonrisa ilumina su rostro de pájaro:

—¡Qué bien que hayáis venido!

Sus ojos negros han empalidecido un poco, como velados por la bruma de alta mar que corre a su encuentro. Está tan delgado... Su nariz de águila, que siempre me gustó y que me ha legado, aunque la mía sea un pico de gorrión menos aristocrático, aspira con dificultad el aire húmedo de este final de verano. Fuera, los árboles se retuercen bajo la lluvia, el monzón se ha adelantado.

—Acercaos..., más cerca.

Su mano descarnada ha cogido la mía, la agarra, frágil como una mano de niño. Se la aprieto suavemente, tratando de comunicarle mi fuerza con toda la intensidad de que soy capaz.

—Está muy bien que hayáis venido —repite cerrando los ojos, aplacado.

De pie junto a la cama de hierro, contemplo con estupefacta indignación este cuerpo esquelético. ¿Cómo lo han dejado llegar a esto? ¿Por qué me avisaron tan tarde? Me vienen a la cabeza las imágenes de los muertos vivientes de Ogaden, en el sur de Etiopía, adonde me había enviado mi periódico a «cubrir la hambruna». Era en 1975, al año siguiente de la revolución que había derribado al Negus. Habíamos recorrido cientos de kilómetros por el desierto entre esqueletos resacos que no siempre sabíamos si eran de animales o humanos, antes de llegar a un campo de refugiados de la Cruz Roja. Había allí unos diez mil somalíes que habían huido de la guerra para ir a morir de hambre, sed y agotamiento a la sombra de la bandera roja y blanca. Me daba vergüenza andar por allí armada con mi bloc de notas, sintiéndome más buitre que testigo, encargada de arrancar aquí y allá imágenes desgarradoras cuyo destino

eran unas poblaciones alimentadas en exceso y aburridas. Durante mucho tiempo, no obstante, había creído que con el testimonio se podían cambiar las cosas, habiendo hecho mía esta frase inscrita en los muros de París en mayo del 68: «Sólo la verdad es revolucionaria». Ahora lo creía cada vez menos, tras experimentar cuán poco pesa la descripción de la miseria y la injusticia frente a los egoísmos bautizados como «realismo» o «intereses superiores».

Ha llegado una enfermera a cambiar las sábanas y la *kurta* sucias. Me dispongo a salir. Él me retiene:

—Esperad... —Y, en tono de orgullo—: Es mi hija, es escritora, vive en Francia...

La mujer me mira de arriba abajo: ¿cómo esta *ingrese* puede ser de los nuestros?... Por complacerlo, opina admirativamente.

Desde el otro lado de la cama tía Zahra, su hermana pequeña, llegada desde Pakistán, me hace señas de quedarse. Me niego. No quiero ver su desnudez.

En el pasillo hay decenas de personas sentadas o tumbadas en el suelo. Son las familias de los enfermos. Viven allí semanas, a veces meses, molestas pero indispensables porque relevan a las enfermeras desbordadas. Me encuentro con mi hermanastro Muzaffar y su nueva esposa, la tercera. Musulmán, habría podido ahorrarse los divorcios y conservar a sus tres esposas, pero es un hombre moderno, un intelectual: así lo prueba que todas sus esposas sean hindúes<sup>[1]</sup>, cosa rarísima en la India, donde ni las religiones ni las castas se mezclan.

La nueva esposa es bajita y menuda, de voz dulce y mentón voluntarioso —¿durará más que las otras?—. Es preciso decir que Muzaffar es un tenorio, con su rostro de dios sombrío. Se parece extraordinariamente a mi padre cuando era joven. No conozco una sola mujer que se haya mostrado insensible a su encanto.

Es el hijo mayor de la segunda esposa, la que sustituyó a mi madre, muerta unos meses después de nacer yo. «Sus-

tituir» es una gran palabra. Creo que mi padre nunca amó sino a mi madre: sus retratos están colgados por todo el palacio, incluso en el dormitorio, junto a la cama. La cosa no debía de agradarle mucho a *rani Shanaz*, pero ésta era realista: ¿qué podía ella contra «la europea»? Y, además, el amor es una noción occidental; lo importante era que mi padre estuviera ligado a ella. Y para eso le dio tres hijos.

Hoy sólo queda uno y medio.

El más pequeño, Nadim, a quien apodábamos Guddú, médico en Inglaterra, se suicidó asfixiándose con una bolsa de plástico. El segundo, Mandjú, el más guapo y más inteligente, decidió a los quince años encerrarse en la esquizofrenia: hace treinta años que no habla con nadie. Por si algo faltaba, un día se tiró desde lo alto de la terraza y ahora no le queda un hueso sano. De momento, Muzaffar es el único en haber escapado a la neurosis familiar. Sin duda por ser el hijo mayor y, a causa de ello, el único a quien le han dado cierta importancia. Nacido en la época de los marajás, era el príncipe heredero del Estado de Badalpur y fue educado como tal. Me acuerdo de una foto suya, recibida cuando yo tenía cinco años, antes de que un pesado silencio se abatiera sobre mi familia india. Representaba a un bebé gordito y risueño, sentado en cueros en un trono.

Caemos el uno en brazos del otro ante la mirada aprobadora de la nueva esposa. Tiene los ojos rojos. No es éste el lugar ni el momento de preguntárselo, pero ¿por qué diablos no me telefoneó? Fue su hijo Murad quien tomó la iniciativa de dejar un recado en mi contestador, conectado de milagro: «Pienso que deberíais saber que Abadjan ("el padre amado y respetado") está muy mal». Murad es mi preferido, y acababa de pasar tres semanas conmigo en Francia. De no ser por eso, ¿me habrían avisado?

Enloquecida, había tratado de conseguir un billete de avión. Tenía que ver a mi padre, era absolutamente preciso, no podía morir sin que hubiéramos hablado, sin que yo supiera al fin por qué... Pero no quedaban plazas ni en Air



France ni en la Pakistán Airlines. Por fin Air India aceptó ponerme en una lista de espera. Y ahora el visado: corrí al consulado, abarrotado como de costumbre. Al cabo de dos horas de espera llegué por fin a la ventanilla. La empleada examinó minuciosamente mi pasaporte.

—Tengo que hablar con el cónsul... Vuelva usted mañana.

—¡Imposible! ¡Mi avión sale de madrugada!

Inconmovible, sacudió su larga trenza aceitosa:

—Vuelva usted mañana.

¿Qué mosca le había picado? Yo tenía un pasaporte francés totalmente en regla. De repente comprendí:

—Es por mi apellido musulmán, ¿verdad? ¡A lo mejor soy una terrorista! ¡Si me llamara Dupont o Sivananda no tendría ningún problema!

Y, temblando de rabia, salí entre las miradas reprobadoras de todos los comeflores con vaqueros andrajosos que marchaban al país de la tolerancia en busca de la sabiduría.

Desesperada, telefoneé a un amigo indio próximo a la embajada; horas después, tenía el visado. Y al día siguiente volaba hacia Bombay.

Llegué justo a tiempo.

Pienso en todos los que no llegan nunca, en los que cada día se topan con el racismo o las incoherencias de la Administración, sin ningún medio para defenderse. Yo tengo la suerte de tener un pie a cada lado de la barrera, de pertenecer a la vez al mundo desarrollado y al tercer mundo, tengo la suerte de ser una privilegiada que ha conocido la injusticia y el desprecio y a quien lastiman todas las injusticias y todos los desprecios.

También mi padre luchó siempre contra la injusticia. Cuando perdió su Estado, a consecuencia de la reforma de 1952, prosiguió la lucha enviando «puntos de vista» tan fulminantes como argumentados a los periódicos locales. Era un moralista, creía en la fuerza de las ideas. O por lo menos

había creído en ellas y se negaba a abandonar. Pero, en el fondo, ¿creía aún en algo? Lo dudo. En mi vida he visto un rostro tan trágico como el suyo.

Este hombre de justicia no había sido justo con sus hijos. ¿Lo comprendió cuando el suicidio de Nadim, el cual se había exiliado en la fría Inglaterra porque en la casa, al ser el más joven, apenas le reconocían el derecho a respirar? Indignada por la primera reacción de mi padre —«¿Cómo ha podido hacerme esto a mí?»—, le escribí: «Fuimos incapaces de entenderlo. Murió por culpa de todos. —Me habían dado ganas de escribir—: Por vuestra culpa. Lo habéis ignorado siempre, ¡no teníais ojos más que para el mayor! Y si el benjamín, Mandju, ha abandonado también este mundo, a su manera, no es una casualidad. Y si yo... pero sobre vos y yo habría mucho que hablar...» No me había atrevido a ser tan cruel.

¿Lo entendió él, a pesar de todo?

Después de la muerte de su hijo había cesado, poco a poco, de alimentarse. Yo no lo sabía, no estaba allí. Si hubiera acudido, como todos los años, para su cumpleaños, quizá no estaría a punto de morir. ¿Se sintió abandonado? Otras mil cosas me retenían en París...; nada me retenía en París.

Sabía, sin embargo, cuánto apreciaba mi presencia. Pero él jamás habría insistido: desde hacía mucho tiempo no se atrevía a sentirse con derechos sobre mí; todo lo que le daba lo recibía ya como un regalo. Estaba tan feliz, tan orgulloso con las reuniones familiares que yo organizaba en su honor, él, el rajá de Badalpur, que había conocido todos los honores. Entraba en el juego: abría como un niño los paquetes de colores, se extasiaba con las fruslerías que habíamos encontrado en el gran bazar, y después, con aplicación, inflaba las mejillas hundidas para soplar las velas de un pequeño pastel de chocolate. Se sentía amado y lo agradecía: nunca nadie había celebrado antes su cumpleaños.

En su momento no me di cuenta, pero el 13 de enero, día de su nacimiento, era también el aniversario de la muerte de mi madre. Mi madre, que adoraba bromear y dejó este mundo el 13 de enero de 1942, fecha de expiración de su permiso de residencia en Francia. Cuando, hace años, descubrí ese permiso en medio de viejos papeles me quedé de piedra, dividida entre el horror y la ironía ante este chasco infligido al rigor administrativo por una mujer que era la fantasía misma.

Quizá desde entonces no creo en el azar de las fechas. El único hombre al que he amado entre todos aquellos de los que me enamoré, nacido como yo un 14 de noviembre, se casó con otra un 15 de junio, día de mi cumpleaños oficial que él no conocía. Porque tengo la suerte de tener dos cumpleaños, como tuve la suerte de tener tres padres y cuatro madres, lo cual suma muchos entierros.

La enfermera ha salido de la habitación:

—Quiere verla, pero no se entretenga, está muy débil.

Discretamente, mi tía se ha eclipsado. Y aquí estoy con él, sola por vez primera desde hace mucho tiempo, sin la familia, los amigos o los sirvientes que, en casa, constituían un ballet perpetuo, convencidos como están en Oriente de que no hay nada peor que dejar solos a los seres queridos.

Me inclino sobre su hermoso rostro demacrado, le acaricio la frente húmeda, suavemente, como si fuera mi hijito enfermo, y beso las pobres manos azuladas por los goteos. Nunca me había atrevido antes a semejante familiaridad. Me dan ganas de cogerlo en brazos para tranquilizarlo, para mecerlo, pero temo hacerle daño, ¡es tan frágil!... Entonces pronuncio las palabras que todos pronunciamos en esos momentos:

—Querido Daddy, todo se arreglará, os curaréis. —Y me maldigo por insultar así su valor, su inteligencia. Pero ¿acaso puedo decirle: «Daddy, vais a morir, estoy aquí para ayudaros»? ¿Cómo evaluar el grado de fuerza y lucidez de

un ser llegado al umbral de la muerte? Su vida pasada no nos permite nunca juzgar sobre lo que entonces es capaz de entender.

Me ha atraído hacia sí, intenta hablarme, mas de sus labios secos no salen sino murmullos inaudibles. Inclineda sobre su rostro trato de entender mientras él se sofoca, sus ojos en los míos, implorantes. No entiendo, no entiendo nada, no aguanto más su sufrimiento. Y entonces, cobardemente, finjo:

—Sí, Daddy, sí.

Se ha callado y me mira intensamente. Espera algo. Y yo no sé sino repetir:

—Sí, Daddy. —Y le acaricio el pelo, como se hace con un niño para apaciguarlo.

Desalentado, se deja caer sobre los almohadones, llenos los ojos de una tristeza inmensa. Cuánto no daría yo por entender, por arrancarlo a ese encierro que es ya la muerte. ¿Cómo he podido ser sorda a las últimas palabras de mi padre, palabras venidas de lo más profundo de él, en el momento en que sabe que va a partir? Al menos debería adivinar... ¿o es que prefiero no entender... por miedo a hacerme daño... o porque tengo ganas, unas ganas monstruosas, de vengarme?

¿Vengarme? Pero ¡si lo quiero!

—Os quiero, Daddy —he murmurado a su oído—. Os quiero, yo...

Ha apartado la cabeza, no me escucha, como si supiera que más allá de las palabras, de los gestos, del llanto... Como si supiera ¿qué? ¿Qué sabe él que yo no sepa?

De pronto todo mi amor se ha petrificado. Sobre el semblante del moribundo se ha injertado otro rostro y han ascendido en mi interior, lancinantes, viejos deseos de matar.

La puerta se ha abierto, una enfermera se ajetea alrededor de la cama, entre un baile de tubos y frascos. Después entra un médico, de aspecto docto y preocupado

que, tras haberle tomado el pulso al enfermo, me pone en la mano un aparato:

—Es una mascarilla de oxígeno, hay que aplicársela permanentemente a la cara, si no el corazón corre el riesgo de pararse...

Y sale con paso rápido para esquivar cualquier pregunta.

El aparato de vida. Delicadamente lo coloco sobre la boca y la nariz pinzada. Él se agita, dice que no con la mano, yo insisto y, con un nudo en el estómago, sigo el movimiento de la cabeza que trata de eludirlo, pero él continúa debatiéndose... ¿Qué estoy haciendo exactamente? ¿Le doy la vida o lo estoy ahogando? El médico asegura que es su única oportunidad, es preciso seguir. Descompuesta, los ojos llenos de lágrimas, mantengo a la fuerza la mascarilla a pesar de sus negativas, cada vez más débiles. ¿Cómo puedo torturarlo así? Por su bien, para que se cure, dice el médico. ¿Curarse de qué? No hay nada que curar, no está enfermo. Simplemente, ya no tiene ganas de vivir.

Le he quitado la mascarilla, lo he cogido en brazos y lo he estrechado dulcemente para tranquilizarlo, para decirle cuánto lo amamos... Ése es su oxígeno. Si lo amáramos verdaderamente, si estuviera seguro de eso, quizá quisiera seguir viviendo. Las personas mayores mueren sobre todo de falta de amor. Esta mañana estaba encantado de verme, había recobrado las fuerzas para hablar y sonreír, cuando desde hacía una semana se encontraba medio en coma. ¿Y si me quedara con él? Estoy bien, en Lucknow, ahora que nos hemos reconciliado tácitamente... Incluso podríamos pasar una temporada en Badalpur, en el viejo palacio en medio de los campos de caña de azúcar. Badalpur, la cuna de la familia, donde yo me siento en paz, por fin en casa después de tantos años de vagabundeo.

—En cuanto os curéis, Daddy, ¿queréis que vayamos juntos a Badalpur? Pasaríamos allí el invierno. ¡Es tan bonito el campo en invierno!

Abrió los ojos y me dirigió su mirada, y esa mirada era de una dulzura tan intensa que, de pronto, no ha existido nada más. Ya no estábamos en la sórdida habitación de hospital de una metrópoli agobiante, él ya no era el viejo agonizante velado por su desconsolada hija, era de nuevo el seductor rajá de Badalpur, el padre todavía joven a quien conocí a la edad de veintiún años y a quien tanto había amado y odiado.

Sólo en ese instante comprendí lo que trataba de decirme hacía un rato, una palabra que yo esperaba inconscientemente desde hacía treinta años aunque tampoco la quería oír, una palabra muy pequeña, aunque para nosotros dos inmensa: «Perdón».

A la mañana siguiente, cuando llegamos, hay un gran desbarajuste en la habitación. Médicos y enfermeras entran y salen, muy ajetreados. Ha vuelto a entrar en coma, están instalando el aparato de reanimación.

Por fin nos dan permiso para verlo. Mientras Muzaffar se lleva aparte al médico para una conversación «entre hombres», tía Zahra se ha colocado a la cabecera de la cama y se ha puesto a rezar. Toda la mañana permanecerá de pie, inmóvil, desgranando silenciosamente el *teshib*. Ni un instante mirará a su hermano, sin duda porque eso le hace demasiado daño —diez años más joven que él, siempre le tributó una total adoración—, pero sobre todo porque sabe que no puede hacer nada más, que ahora todo está en manos de Alá.

Y yo, delante de este pobre cuerpo conectado por todas partes, que una enfermera viene a auscultar cada quince minutos, no siento sino indecencia. El médico no nos ha ocultado que era cuestión de horas; ¿no pueden dejarlo tranquilo, permitirle morir dignamente? Me he sentado a su cabecera, le he cogido la mano para comunicarle un poco de calor; dicen que un ser en coma percibe más de lo que imaginamos, sobre todo es preciso que no se sienta solo.

Pasan las horas, inmóviles. Le susurro al oído palabras tiernas que acaso consigan abrirse camino hacia lo que le queda de conciencia y lo acompañen en su terrorífico viaje.

Hacia mediodía, una enfermera que ha venido a tomarle la tensión se azara: el pulso es cada vez más débil. Acude un médico, después otro, la habitación se llena de nuevo, preparan un nuevo gota a gota. Pero el médico en jefe que lo ausculta se ha enderezado:

—No vale la pena. Se acabó.

Entonces, para mi estupefacción, tía Zahra, tan digna hasta ese mismo instante, empieza a lanzar largos gritos, rasgando sus velos, golpeándose las mejillas y la frente, mientras que mi hermano Muzaffar se deja caer al suelo sollozando, fingiendo mesarse los cabellos.

¿Por qué me da la clarísima impresión de presenciar una comedia? Sé, sin embargo, que sienten verdadera pena. Pero en Oriente la expresión del pesar parece tan poco natural, tan codificada... Quizás es para canalizarla, para impedir que se desborde y ponga así en peligro el equilibrio de la familia y la sociedad. Los gritos de las mujeres que miman un dolor enloquecido, ¿no aspirarán justamente a impedir que el dolor las vuelva locas? Llantos y simulacros de autodestrucción permiten a la vez exorcizar el mal, expresándolo fuera de sí con todas las fuerzas, y dar al difunto lo que se le debe.

A riesgo de parecer indiferente me quedo en mi rincón, inmóvil, aliviada al ver que se le ha ahorrado la angustia de los últimos instantes y que ha partido así, sin un estremecimiento, como si se hubiera dormido.

Pero ellos, ¿es que esperaban un milagro?

Yo ya no esperaba nada. Se despidió de mí ayer, me dijo lo que pesaba sobre él desde hacía tanto tiempo, ahora ya podía partir tranquilo.

Doy gracias a Dios, sea cual sea la forma en que exista, porque nunca me habría perdonado no haber llegado a tiempo.